

## ***El último autobús***

*por Teysa*

El día que mi abuelo murió tuve que correr unos cuantos metros para alcanzar el último autobús que me llevase a casa. Después de pasar toda la tarde en el hospital haciéndole compañía, mi padre decidió tomar el relevo para que yo pudiese descansar.

Me senté en la primera fila de asientos junto a la ventanilla, como siempre. El motor se puso en marcha y un sinfín de recuerdos se agolparon en mi mente. Me vi a mí misma, en un autobús como aquel, años atrás. La primera vez que viajé en uno fue de la mano de mi abuelo, que acostumbraba a bajar cada tarde a Sevilla.

- Mira Pepe, hoy vengo con mi nieta- le decía al conductor mientras se sentaba y comenzaban su habitual tertulia sobre economía y política.

Al preguntarle por qué iba cada tarde al centro, él me respondió que cuando era joven, las distancias eran más largas, aunque fueran las mismas. El mero hecho de viajar era un lujo y el mundo se acababa más allá de lo que los pies pudieran caminar una jornada. Para mi abuelo, pisar Sevilla cada día suponía un regalo. Gracias a él di mis primeros pasos por el casco antiguo de la ciudad y aprendí también a manejarme entre las distintas rutas de transporte metropolitano. Cuando empecé a trasladarme por mí misma, me llamaba para recordarme la hora del último autobús, no fuera a ser que lo perdiese; e incluso preguntaba constantemente si había algún cambio en las líneas para que no

me pillara por sorpresa. Para mi abuelo, lo más importante era que llegara bien a casa.

Con los años, coger el autobús pasó a ser más una necesidad que un placer. La universidad me pillaba exactamente a quince paradas y un transbordo, y el encanto de dejarme arropar por el viaje fue desapareciendo poco a poco. No obstante, aún recordaba los ojos de mi abuelo titilar cuando veían el Guadalquivir reflejándose en el cristal.

Aquel día hacía algo de aire, así que había podido abrir las ventanas de su cuarto en el hospital para que entrara la brisa. Me miró cansado sosteniendo mi mano y a los pocos minutos se quedó dormido. Aunque no quisiera pensar en ello, sabía que no volvería a despertar.

Me quedaban pocas paradas para llegar a casa cuando comprendí que lo que de verdad hacía feliz a mi abuelo era el camino y no el destino. Él disfrutaba en autobús, charlando y conociendo gente, por la ilusión misma de viajar.

Recé toda esa noche deseando que el camino que aún le quedaba por recorrer, después de su último suspiro, fuese en autobús sentado en primera fila, junto a la ventanilla, para que pudiese verme desde el cielo.